

Viajó por todo el mundo, recogiendo experiencias que le facilitaban sus conocimientos de inglés, francés e italiano, y que, como argentino amante de su Patria, aportaría a nuestro país.

Fue autor de artículos sobre temas de arquitectura, que fueron publicados con beneplácito en revistas especializadas.

En nuestra Universidad del Salvador volcó este inestimable aporte de su cultura personal, desempeñando diversas cátedras de su especialidad, amado y respetado por sus alumnos. Fue miembro del Consejo de la Facultad. Personalmente, lo vi actuar como integrante de la Comisión de Homenaje al V Centenario del Descubrimiento de América, y en forma especial en nuestra Comisión Permanente de Doctorado, y en el Doctorado mismo, cuyo seminario «Ciudades» dirigió hasta el último día. Como miembro de la Comisión Permanente de Doctorado, lo vimos siempre desplegar su inteligencia y su prudencia, su ecuanimidad para emitir dictamen, su exquisita diplomacia que al fin y al cabo no era sino una de las manifestaciones de la caridad cristiana, que practicaba.

Ahora que lo evocamos, parece que lo viéramos llegar con algunos minutos de retraso, haciéndonos señas con la mano para que no nos levantemos, sorprendido de que estemos hablando de él, que tenía la modestia de la verdadera superioridad.

Y otra vez vienen a mi mente las palabras de un poeta, Amado Nervo, cuando nos dice, de nuestros muertos queridos, que no es que se hayan muerto, sino que «Se fueron antes...»

Es como si hubiésemos venido hoy a despedir a nuestro colega y amigo, el arquitecto Raúl González Pelazzo: estamos en el andén de una estación, él sube decidido al tren sin volver la vista atrás. Ese tren no lo llevará a Burzaco, como solía, sino que lo conduce anticipadamente al Pueblo Celestial, que es al que iremos todos un día.

Pero él se ha ido antes.

Lírica

María Celia Velasco Blanco

Homenaje al arquitecto
D. Raúl González Pelazzo

Al amigo a quien Dios llamó

Vivir fuera del tiempo. Misterioso
transcurrir sin la tarde o la mañana,
sin el hoy ni el ayer,
sin congojas, anhelos ni nostalgias.

Vivir sin el espacio.
No está lejos, amigo, está usted aquí,
en su habitual sillón arrellanado,
con su afable sonrisa
y su acento sereno y apagado.

El tiempo quedó abajo:
enredada madeja
tejida de episodios de la infancia,
dolores de la vida, decepciones,
alegrías, afectos y esperanzas.

No hay vejez. ¿Qué es vejez,
sino la lenta despedida,
arrastrada en el sendero
de eso que llaman «vida»
y que no es sino el prólogo severo
de la existencia plena, ya cumplida?

Vivir fuera del tiempo. Paz callada,
asomar a la luz que no se oculta
y emerger de la bruma
a la visión deseada
de la Verdad perfecta, develada.